

ENRIQUE FLORESCANO

COORDINADOR

MITOS MEXICANOS

PRÓLOGO

Enrique Florescano

I. LA NACIÓN Y SUS MITOS

El águila y la serpiente

Alfredo López Austin

La mitología de la Revolución Mexicana

Arnaldo Córdova

Las milpas de la ira

Campesinos hacia el tercer milenio

Armando Bartra

El fin del mito presidencial

Jorge Hernández Campos

El político: arquetipo y estereotipo

Carlos Monsiváis

El tapado

José Woldenberg

AGUILAR

AL FUEVO SIGLO

MITOS MEXICANOS

© 1995, Enrique Florescano

De esta edición:

© 1995, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
Av. Universidad 767, Col. del Valle
México, 03100, D.F.
Teléfono 604 9209

- Ediciones Santillana S.A.
Carrera 13 N° 63-39, Piso 12. Bogotá.
- Santillana S.A.
Juan Bravo 38. 28006, Madrid.
- Santillana S.A., Avda San Felipe 731. Lima.
- Editorial Santillana S.A.
4^a, entre 5^a y 6^a, transversal. Caracas 106. Caracas.
- Editorial Santillana Inc.
P.O. Box 5462 Hato Rey, Puerto Rico, 00919.
- Santillana Publishing Company Inc.
901 W Walnut St., Compton, Ca. 90220-5109. USA.
- Ediciones Santillana S.A.(ROU)
Boulevard España 2418, Bajo. Montevideo.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Beazley 3860, 1437 Buenos Aires.
- Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.
Pedro de Valdivia 942. Santiago.
- Santillana de Costa Rica, S.A.
Av. 10 (entre calles 35 y 37)
Los Yoses, San José, C.R.

Primera edición en México: noviembre de 1995

ISBN: 968-19-0271-8

Diseño:

© Cubierta: Carlos Aguirre

© Foto de portada: Gerardo Suter

Impreso en México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El águila y la serpiente

Alfredo López Austin

Pudiera suponerse que el valor social de un símbolo descansa en la nitidez y precisión de su mensaje. Sin embargo, hay símbolos que cumplen mejor su función mientras más ambiguos son los objetos a que se refieren, más numerosas sus posibles lecturas, más abundantes sus sentidos ocultos y mayor su ilusoria claridad. Algunos de estos símbolos se asocian a una concepción de disciplina que exige la renuncia al criterio, a la autonomía y a la adultez: es la disciplina que pide la entrega a la Fe, a la Patria, al Ideal, a la Empresa, a la Institución o al Honor. Si el significante es visual, suele fascinar el concierto de sus formas, lo que hace de la atracción estética un motivador adicional. Debido a esto, los símbolos fascinantes no son meros signos de signos, sus sinónimos. Tal vez sean síntesis de signos; pero adquieren una semiosis propia.

Nuestro escudo nacional es un símbolo fascinante. Su figura es armónica. Atrae también su contenido elemental: está en él la violencia del ave de presa. Es una violencia que inflama pasiones primarias, irracionales. No en vano el águila ha sido un emblema mundialmente favorecido. El águila destroza con garras y pico a la serpiente. Ésta es, a su vez, un símbolo ambiguo, capaz de recibir cualquier carga complementaria.

Pero hay en el escudo mucho más que la invocación al instinto; la escena es compleja. Es una síntesis signica que abreva en diversas fuentes, entre ellas esa fusión de leyenda e historia oficial, de realidad y milagro, que es la fundación

de Mexico-Tenochtitlan. El escudo reduce, unifica, simplifica la mexicanidad evocando un pasaje que ya de suyo es alegoría.

Se ha dicho y repetido que la historia oficial tiene la firmeza del bronce. Es irrefutable, incuestionable. Pero cuando se deja a un lado la oficialidad histórica, las fuentes ofrecen dificultades insospechadas de interpretación y evaluación. La fecha de la fundación de Mexico-Tenochtitlan, los nombres de los caudillos que condujeron a cada *calpulli*¹ hasta los islotes del lago, los dioses patronos de los emigrantes, los conflictos iniciales, todo aparece en los documentos antiguos entre contradicciones y ambigüedades. Aun limitándonos al milagro fundacional, encontraremos que fue contado y dibujado de muy diferentes maneras y que de la comparación de los relatos y las figuras surgen múltiples problemas. Elijamos uno solo de ellos. Olvidemos por ahora que el águila fue representada con la serpiente, o devorando un pájaro, o con el signo de la guerra en el pico, o rampante, sin presa. Olvidemos también que el prodigio tuvo un complejo simbolismo, ajeno por completo a las posibilidades actuales de interpretación patriótica. Olvidemos, por último, que en una de las oposiciones de los elementos simbólicos se apoyó una transacción entre dos caudillos. Ténoch, representado por el tunal sobre la piedra, y Cuauhtlequetzqui, representado por el águila y poseedor de nombre solar: "El que Yergue el Fuego Aquilino."² Si nos centramos en la representación del águila que devora a la serpiente, podremos preguntarnos: ¿Pudieron haber imaginado los mexicas que el águila portentosa tuvo una serpiente en el pico?

La pregunta es herética; pero afortunadamente la ciencia está llena de herejías. Y no es una pregunta que invento hoy: la formuló hace algunos años un especialista en la materia, Christian Duverger, al enfrentarse a las distintas versiones

¹ El *calpulli* era un grupo formado por miembros que se creían descendientes de un antepasado común. Integraban una unidad social, económica y política. Los emigrantes mexicas venían organizados en unidades de este tipo, y las unidades subsistieron durante su vida sedentaria, como propias de los mesoamericanos.

² Véase mi artículo "El milagro del águila y el nopal" en Alfredo López Austin, *El conejo en la cara de la Luna*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes e Instituto Nacional Indigenista, 1994, pp. 59-68.

del milagro y tras plantear múltiples problemas sobre su significado religioso, afirma que el relato y la representación visual del águila y la serpiente corresponden no a la imaginación prehispánica, sino a la influencia colonial de los evangelizadores. Transcribo su conclusión sobre el punto:

La famosa escena del águila posada en el nopal devorando una serpiente simboliza la fundación de México por los aztecas e ilustra, después de la Independencia, la raigambre del poder mexicano en el pasado precolombino. Pues bien, este célebre emblema acuñado en el blasón de la República Mexicana ¡es una imagen colonial!³

[...] la alegoría del águila triunfante sobre la serpiente autoriza, en efecto, las interpretaciones mucho más occidentales, mucho más religiosas y, de una manera general, mucho más maniqueas: se puede ver el orden que derrota al caos, la luz que destruye las tinieblas, el cielo que domina a la tierra, el bien que vence al mal [...] Todos éstos son significados que no aparecen en el corpus semiótico original.⁴

La propuesta es, en verdad, interesante. Pero, ¿fue ajena la idea de la lucha entre el águila y la serpiente en el pensamiento prehispánico? Considero, en contra de la opinión de Duverger, que el símbolo no tiene por qué ser atribuido a la influencia occidental cristiana, y me baso en la antigua iconografía. Hay imágenes mesoamericanas, de autenticidad y antigüedad irrefutables, en las que se representan aves predatoras devorando serpientes. Es muy posible que las aves sean águilas. Ofrezco dos ejemplos que, por cierto, son muy anteriores al siglo xiv que es el de la fundación de la ciudad de Mexico-Tenochtitlan. El primer ejemplo es una pieza que procede de San Rafael, localidad del municipio veracruzano de Martínez de la Torre, y se encuentra hoy en día en el Museo de Xalapa. Se estima que es del Clásico Tardío. Es una de las esculturas que reciben el nombre de “palmas”. Estos objetos rituales, junto a los llamados “yugos” y “hachas”, se esculpieron durante el Clásico

³ Christian Duverger, *L'origine des aztèques*, Paris, Éditions du Seuil, 1983, p. 309.

⁴ *Ibid.*, p. 314.



Fig. 1. Perfil y frente de una "palma" veracruzana del Clásico Tardío. Ave predadora que mata una serpiente.

en el Totonacapan, en la zona del Golfo de México, y de ahí se difundieron, al norte hasta la Huasteca y al sur hasta la costa del Pacífico, en Centroamérica. Sus funciones no pueden precisarse; pero se asocian al juego de pelota. Son, según se cree, objetos rituales de piedra que reproducen parte de la indumentaria de los jugadores. La pieza a que me refiero es de basalto y mide 20 centímetros de altura. Se le atribuye una antigüedad superior a once siglos. Representa un ave predadora que sujeta con su pico a una serpiente (Fig. 1). El segundo ejemplo también es del Totonacapan y de la misma época. Es un "yugo" en el que se esculpió la efigie de un guerrero con un yelmo en forma de cabeza de ave predadora. El ave atrapa con la pieza superior del pico una serpiente de dos cabezas (Fig. 2).⁵

Las dos bellas piezas escultóricas del Totonacapan permiten suponer que la figura del ave predadora y la serpiente, como tantos otros simbolismos mesoamericanos, tenía un fundamento mítico que era común a los diversos pueblos del área cultural. La religión de Mesoamérica, pese a la diversidad de sus expresiones, conservó una vigorosa unidad en sus principios básicos y en sus instituciones, y esta unidad se prolongaría a través de los siglos. Mitos, sistema calendárico, creencias cosmológicas, geometría del cosmos y muchos elementos religiosos más, fueron patrimonio generalizado entre los pueblos mesoamericanos. El águila era símbolo solar, mientras que la serpiente representaba el agua. La combinación de ambos animales en lucha aludía a la oposición del fuego y el agua, del día y la noche, del cielo y la tierra, del calor y el frío, de la sequía y la lluvia.



Fig. 2. Figura de un "yugo" veracruzano del Clásico Tardío. Personaje con un yelmo en forma de ave predadora que tiene en el pico una serpiente de dos cabezas.

Un razonamiento como el anterior llevó a Zingg a suponer que la escena que se plasmó en el escudo nacional de Méxi-

⁵ Este reptil fabuloso fue descrito por los nahuas del Altiplano Central de México muchos siglos después de la elaboración del "yugo". Le llamaron *maquiccoatl* ("serpiente-brazalete") o *tetzauhcóatl* ("serpiente portentosa"). Los nahuas creían que el hombre que la encontraba podía saber por ella si su muerte estaba próxima o aún lejana.

co fue expresión de la versión mexicana de un mito que sigue vigente entre los huicholes de este siglo. El mito huichol recogido por Zingg narra el tránsito primordial de la temporada de lluvias a la temporada de secas.⁶ El pueblo serrano lo expresa iconográficamente (Fig. 3).⁷ En el relato los poderes solares luchan contra los acuáticos cuando el mundo está en proceso de formación. Zingg dice:

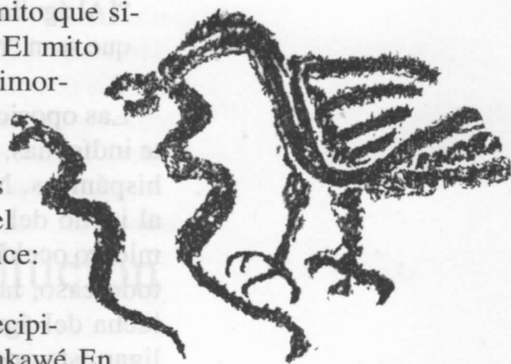


Fig. 3. Representación del águila solar huichola que ataca a las serpientes acuáticas de la diosa Nakawé. Disco del Abuelo Fuego que se encuentra en el Museo Americano de Historia Natural.

En la batalla[...] las estrellas del padre-Sol se precipitan sobre las serpientes acuáticas de [la diosa] Nakawé. En las estrellas fugaces, los huicholes imaginan ver al animal del Sol, el águila, arrojándose sobre su presa. Así pues, las águilas-estrellas se zambullen en los lagunajos y destrozan a las serpientes acuáticas. Vencidas y aniquiladas, las serpientes se elevan al cielo en forma de jirones de nubes.⁸

Con este mito en mente, los huicholes relataron a Zingg una interpretación —muy propia de ellos— del escudo nacional mexicano, posiblemente próxima a la que tuvieron los mexicas del milagro fundacional de su ciudad. El que Cristo aparezca como uno de los personajes no resta carácter indígena al relato huichol. Es un Cristo adaptado a su lógica mítica:

El Santo Cristo ordenó que se conmemorara la victoria de las águilas-estrellas del padre-Sol sobre las serpientes acuáticas de Nakawé. Cumpliendo con las órdenes del padre-Sol, el Santo Cristo mandó que todos los palacios de gobierno llevaran una insignia representando al águila derrotando a la serpiente acuática[...] —E interpreta Zingg enseguida— [...] esto convierte a los edificios del gobierno en algo “muy huichol”, razón por la cual los indios consideran que estos palacios les pertenecen[...]

⁶ Robert M. Zingg, *Los huicholes. Una tribu de artistas*, 2 v., México, Instituto Nacional Indigenista, 1982, v I, pp. 493-495 y v II, p. 289.

⁷ *Ibid.*, v I, p. 495. El dibujo de Zingg ha sido copiado aquí en forma parcial, para mostrar únicamente la figura del águila solar y las serpientes de Nakawé.

⁸ *Ibid.*, v I, p. 525.

“[Al águila] también se la pone en las monedas de plata” para que sean “muy huicholas”⁹

Las oposiciones cielo/tierra y luz/oscuridad son netamente indígenas, con una firme raigambre en las tradiciones prehispánicas. No hay por qué considerar que se incorporaron al icono del águila y la serpiente por influencia del pensamiento occidental y cristiano. Sería occidental y cristiana, en todo caso, la oposición bien/mal, que Duverger asocia a la lucha del águila contra la serpiente; pero no hay base para ligar esta oposición al antiguo símbolo.

En suma, la lucha entre el águila y la serpiente no tiene que derivar por fuerza del cristianismo. La imagen del águila heráldica, como antes se dijo, se ha dado en contextos culturales muy diferentes en apartadas regiones del mundo. En materia de símbolos llegan a existir asombrosas semejanzas en las concepciones de pueblos que jamás tuvieron contacto entre sí.

Veamos una coincidencia notable en lo que toca al águila-Huitzilopochtli de los mexicanos. Era el Sol, como solares han sido muchas águilas en diversas religiones del planeta; pero las similitudes del símbolo pueden ir más allá. Al oriente de Siria, bañada por el río Orontes, próxima a las costas del Mediterráneo, se levanta la ciudad de Homs. La antigüedad la conoció con el nombre de Emesa, y fue célebre por los conocimientos astronómicos de sus sabios. En ella se adoró a Shams, un dios solar de probable origen árabe. Se creía en Siria, como en la Arabia preislámica, que los dioses podían habitar en el interior de las piedras que les eran dedicadas, las llamadas *betilos*. En ellas se esculpían los símbolos sagrados. El historiador alemán Altheim, al referirse al betilo de Emesa, afirma: “En Emesa la piedra sagrada tenía la forma de un cono[...] Relieves en la superficie mostraban un águila con una serpiente en el pico. En esto se reconocía un símbolo del Sol.”¹⁰

⁹ *Ibid.*, v I, pp. 525-526.

¹⁰ Franz Altheim, *El dios invicto. Paganismo y cristianismo*, trad. de Juan Jorge Thomas, Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 31